

LOS ASEDIOS DE BADAJOZ EN 1811 VISTOS DESDE ELVAS

LUIS ALFONSO LIMPO PÍRIZ

Licenciado en Ciencias de la Información

Entre el 9 de enero y el 19 de junio de 1811 Francisco Xavier do Rego Aranha escribe desde Elvas a D^a M^a Luisa de Valleré, residente en Lisboa, un total de 62 cartas, conservadas en la Biblioteca Nacional de Lisboa, informándole de cuanto ocurre en Badajoz y pueblos de su entorno.¹

¿Quién fue Francisco Xavier do Rego Aranha? Un alentejano de Arronches, nacido en 1761, hijo de un capitán y con un tío obispo en Brasil. Después de formarse en derecho civil por la Universidad de Coimbra, desempeñó el cargo de gobernador eclesiástico en no sabemos qué obispado antes de ejercer como *Juiz de Fora* en Pinhel y Alter do Chão, donde le sabemos en 1793. En junio de 1808, cuando el incendio del Dos de Mayo español se extiende al otro lado de la Raya, es elegido miembro de la Junta Local de Arranches. En 1811 cumple cincuenta años y queda exento por ley de prestar el servicio de las armas. Ante el avance de Soult busca refugio entre los muros de Elvas, entonces la plaza mejor defendida de todo el Alentejo. Ha dejado la magistratura y vive del ejercicio libre de la abogacía, llevando los típicos asuntos de herencias y arrendamientos y asumiendo la defensa de tres oficiales de caballería portugueses procesados en consejo de guerra tras la batalla del Gévora.

Rego Aranha goza en Elvas de una muy buena posición social. Se cartea con el conde de Bobadella, cuñado del ministro de la guerra Pereira Forjaz, es amigo íntimo del general Leite, gobernador de Elvas y estrecha la mano de Castaños, de Beresford y del mismísimo lord Wellington, en cuyo honor repentiza una inolvidable noche de abril dos sonetos. Y es que, además de jurista, Aranha es poeta, dramaturgo, historiador, lector de Voltaire, correspondiente de la Academia de Ciencias, traductor de los *Elementos de agricultura* del suizo J. Bertrand y amigo del primer director de la Biblioteca Nacional portuguesa, el Dr. Antonio Ribeiro. En definitiva: Aranha es un ilustrado, un hombre en la órbita de la cultura francesa, un desencantado con el desenlace revolucionario de las Luces, y más aún con el desenlace imperialista de la Revolución. En 1811 los franceses son para Rego Aranha una «...raza infame que causará horror a la más remota posteridad...» (13/04) . Ante la difícil disyuntiva «afrancesado» o «patriota», - en la que se vieron tantos ilustrados contemporáneos suyos - Aranha no duda: olvida a Voltaire y vuelve sus ojos hacia Camões.

Francisco Xavier do Rego Aranha es un solterón que tira en vano los tejos a D^a Luisa de Valleré. Mientras franceses e ingleses intentan rendir Badajoz, Aranha intenta rendir con sus cartas el corazón de D^a M^a Luisa. Sin éxito, porque muy cortesmente la Valleré le dio calabazas. Gracias a este afán suyo por obsequiarla, informándole con detalle de todo lo que ocurría en Badajoz y Elvas, disponemos hoy de esa muy completa crónica de los sitios que son sus sesenta y dos cartas.

¿A quién le escribe Aranha? ¿Quién es D^a M^a Luisa de Valleré? Pues la hija única del general Guillermo Luis Antonio de Valleré, un ingeniero francés, mano derecha del conde de Lippe en la construcción del *Forte da Graça*. En Elvas residió Valleré más de veinte años, pasando los últimos años de su vida en Lisboa. Fue socio de la Academia de Ciencias, la institución que agrupaba a la flor y nata de los

intelectuales de la época. Hombre de ciencia, además de hombre de armas, ingeniero civil, además de militar, Valleré transmitió sus inquietudes de cultura y progreso a su única hija, D^o M^a Luisa. El propio general debió encargarse de su educación, dándole una sólida formación no solo en matemáticas, sino también en humanidades. Aranha, en sus cartas, no se cansa de elogiar su buen estilo. Gracias a las relaciones y contactos de su padre, pudo codearse con los ilustrados de la época, con las fuerzas vivas que luchaban en aquel momento por abrir Portugal a Europa y sacudirse el yugo de la Inquisición. Fue una mujer muy culta y rodeada de varones, pero que no llegó a casarse. En 1811 D^a M^a Luisa era el vértice femenino de un triángulo compuesto por el Dr. António Ribeiro y Monseñor Ferreira Gordo, bibliófilo impenitente. Sospecho que uno de ellos sugirió, o encomendó tal vez, sacar para la Biblioteca Nacional una copia de las cartas escritas desde Elvas por Aranha a D^a M^a Luisa. En aquel momento debieron ya de considerarse una valiosa fuente documental de primera mano para la historia de la Guerra Peninsular, y más concretamente para la historia de los sitios de Badajoz.

En las cartas de Aranha no hay grandes noticias, novedades o revelaciones sensacionales. Los principales acontecimientos del epistolario elvense son conocidos de los especialistas, y hasta del público en general. Su valor historiográfico consiste en aportar el testimonio de cómo vive y sufre esos grandes acontecimientos, reseñados en todos los manuales, un civil, un hombre corriente de la calle. Aranha nos sumerge de inmediato en la época, nos hace *revivir* recuerdos que no teníamos. Más que descubrir hechos ya conocidos, las cartas de Aranha nos permiten reconstruir el ambiente en que se desarrollaron, el estado mental y psicológico de quienes los vivieron. Por eso me gusta definir las como «un ojo pegado en la cerradura del túnel del tiempo.» Su punto de vista no es el del actor o protagonista de los hechos, sino el del espectador, el de la víctima zarandeada. Sus cartas no son una fuente oficial, comprometida con alguno de los bandos en lucha, sino una fuente privada, un testimonio libre, que podríamos definir señalando sus rasgos fundamentales.

En primer lugar, las cartas tienen un carácter periódico, regular: tres por semana, escritas normalmente los lunes, miércoles y sábados. En segundo lugar, están basadas en una previa recogida de información de fuentes muy diversas, tanto civiles como militares. Dentro de estas últimas, Aranha habla tanto con soldados como con oficiales y jefes. En tercer lugar, apenas hay en ellas sitio para lo personal, como tampoco para los chismorreos o ecos de sociedad. En las cartas de Aranha todo es grano, y la poca paja que hay también es interesante. Aranha desecha en sus cartas bulos y rumores ofreciendo solo información contrastada y de calidad, pasada previamente por el filtro de la crítica. Por último, la información objetiva queda en ellas siempre por encima de la opinión y de los comentarios subjetivos. El 8 de junio, después de narrar el primer asalto fracasado contra el fuerte de San Cristóbal, añade: « *Me abstengo de hacer reflexiones, contentándome con exponer el hecho. Vm. hará las que su inteligencia le sugiera.* » En conclusión: las cartas de Aranha a la Valleré, por su regularidad, por la diversidad de sus fuentes, por

calidad informativa y por su objetividad, tienen el valor de fuente periodística fiable para conocer lo que ocurrió en Badajoz en el primer semestre de 1811. Los periódicos de la época eran pura propaganda, carecían de las exigencias que encontramos en los textos de Aranha.

Cuando he defendido la ecuanimidad de su epistolario me han objetado que mal podía guardarla con sus vecinos españoles un alentejano de principios del siglo, una víctima de las invasiones de 1801 y 1807. Una prueba positiva del escaso afecto que Aranha sentía por los españoles, presente en sus propias cartas: la traición que ideó para recuperar Olivenza. Cuando en abril los aliados cruzan el Guadiana por Juromenha, nuestro cronista fue el cerebro de una conspiración para que los ingleses hicieran en Olivenza, en 1811, lo mismo que habían hecho en Gibraltar en 1704.

« Me aseguro persona fidedigna que, pretendiendo entrar en aquella plaza antes de ayer un escuadrón español, el comandante Madden no lo consintió, diciendo que no tenía orden de admitir allí tropa esta vez, al ser parte integrante de Portugal. Ello me hace creer que tal vez no fuesen mal recibidos dos requerimientos que hice en nombre de los habitantes al día siguiente de la reconquista de la plaza, uno a la Egegencia, y otro al mariscal. Ambos se fundamentan en el decreto o manifiesto dado en Rio de Janeiro el 1º de mayo de 1808, en el cual S. A. Real revocó y casó como nulos y derogados los tratados de Badajoz y de Madrid, por los cuales fue cedido a España aquel territorio. Ciertamente sin embargo que la administración civil todavía se ejerce en nombre del gobierno español por el mismo alcalde mayor. En tiempo de los franceses se sabe que les servía de espía, lo que asombra.» (20/04)

En vísperas del trascendental choque de La Albuera a nuestro cronista, pues, no le importó sembrar la discordia entre los aliados. No le importó maquinarse con frío oportunismo el desquite por la humillante derrota sufrida en 1801. ¡Menos mal que Castaños, con la posterior ayuda de Wellington, impidió que se consumara aquella puñalada tramera que Portugal intentó darle a España aprovechando el río revuelto de la guerra contra el francés! ¿Qué objetividad y ecuanimidad, - y por tanto qué valor documental e historiográfico... - se le puede conceder a las cartas de Aranha si su autor era patriota sin escrúpulos que detestaba a los españoles?

A pesar de su condición de portugués rayano que intentó aprovecharse de las circunstancias, creo que podemos considerar imparciales los juicios de Aranha sobre los españoles. Reparemos con qué distante serenidad, incluso ironía, nos cuenta la devastadora entrada de los refugiados extremeños en el Alentejo:

«No hace falta que entren los franceses para que esta provincia, hasta la fecha la que mejor ha escapado, quede asolada. El pillaje y los robos de los españoles que andan por estos alrededores han anticipado ya la destrucción de todos los rebaños y enseres de los cortijos y fincas, donde no queda nada que el enemigo pueda aprovechar. Todavía no han puesto el pie en la provincia y ya toda ella está asolada por nuestros buenos vecinos, amigos y aliados. Hasta por los caminos

desvalijan a los pasajeros de todo cuanto llevan, y los dejan desnudos y a pie, robándoles absolutamente todo.» (28/01)

Con la misma distancia, serenidad e ironía, nos cuenta el saqueo de su casa y quinta de Arronches a manos de ingleses y portugueses:

«Hace tres días tuve noticia de que, con la llegada de la tropa inglesa a Arronches el día 22, mi casa en aquella villa fue destrozada. Rompieron seis puertas, saquearon y destruyeron todos los muebles y piezas, herrajes, ropa, víveres, todo lo que tenía y hasta ahora no había podido traer a Elvas, por más que lo intenté, incluso facilitándome el Sr. Leite medios de transporte. Resulta que hoy recibo una carta de mi quintero, avisándome que igual destrozo ocurrió el mismo día en la quinta, donde no había querido recoger nada del cómodo alojamiento que allí tenía [...]. El quintero me dice que todo quedó arrasado y sin puertas, y que dentro no quedó nada entero, después de alojarse allí dos compañías de caballería del caes entre el 22 y el 24. ¡Paciencia! Todo había escapado a la rapacidad de los franceses, nuestros crueles enemigos y opresores, y vino a caer en la de amigos y paisanos.» (30/03)

Aranha denuncia como el mayor defecto de los españoles su desunión y la falta de un caudillo indiscutido, «de un general capaz de meterlos en cintura...», dice, algo que cualquier historiador de hoy podría suscribir. A la hora de criticar al ejército español, hace una clara distinción entre los jefes y la tropa: *«Juzgue Vm. lo que se puede esperar de tales jefes. Una pena, porque nuestros oficiales dicen que soldados mejores que los españoles no los hay. Lo mismo dicen los ingleses de la brigada, que aquí se encuentran ahora.»* (26/01) Después del desastre del Gévora escribe: *«Veremos el remedio que aplicará ahora el lord Wellington a tantos males, que se evitarían si al frente de las tropas españolas, que son excelentes, se pusiera de inmediato un general capaz de comandarlas.»* (20/02). Sobre el marqués de La Romana su juicio es taxativo: *«Como no haya un ejército en campaña que haga levantar el sitio [...] no habrá remedio. El marqués de La Romana quiso salvar su pellejo uniéndose al lord Wellington.»* (23/01) O sea : le tacha a las claras de cobarde.

Cobarde le llama también D^a M^a Luisa a Mendizábal, el extremo opuesto a la prudencia de La Romana. Aranha le responde que no merece se le considere como tal: *« Por el contrario, se le tiene por el hombre más intrépido y valiente de toda la península, pero al mismo tiempo el más imprudente, temerario e ignorante del arte militar, dispuesto siempre a pelear, cueste lo que cueste. Eso le ha hecho sacrificar más de 30.000 hombres en diversas acciones, por no saber nunca tomar sus medidas, ni para la defensa ni para el ataque.»* (1/03). Aranha no duda en considerar a Mendizábal máximo responsable de la derrota del Gévora, eximiendo de toda culpa a los demás generales: *«Los otros eran partidarios de que no debía quedar ni una sola noche en aquella posición que él se empeñó en ocupar, cuando ya tenía noticias de los preparativos del enemigo para cruzar el Guadiana en balsas. [...] En lugar de atrincherarse ese mismo día, teniendo enfrente a un enemigo tan activo y vigilante, reservó ese trabajo para ayer martes...»*(20/02). Aunque Mendizábal consiguió

redimirse en La Albuera combatiendo como soldado raso, para Rego Aranha es un gafe impenitente: *«Me gustaría que se marchara lejos, porque lleva siempre consigo la desgracia.»* (18/05).

Igual de bien parado que La Romana y Mendizábal sale Imaz, el indigno sucesor de Menacho: *«Rindió una plaza de tanta importancia al sexto día de tenerla bajo su mando, sin brecha abierta, y sin padecer falta de víveres ni de municiones.»* (11/03). ¡Y eso que venía en camino con 20.000 hombres para socorrerle y le habían pasado aviso por un espía...! *«El día antes de la capitulación recibió de nuestro general aviso de que le llegarían socorros en cuatro o cinco días. Ahora sabemos que el Sr. Leite le pasó aquel recado de noche y con mucho riesgo por un espía, que hasta ahora no ha vuelto, y que guardó el secreto, para mejor sorprender a los franceses. Pero no quiso Dios que llegase a tiempo de impedir la entrega de la plaza. ¡Ahora será mucho más difícil expulsarlos!»* (13/03)

Frente a estas duras críticas - que cualquier historiador español de hoy suscribiría - prueban la objetividad y ecuanimidad de Aranha sus juicios sobre Menacho o Castaños. Para Menacho, «la esperanza de Badajoz», todo son elogios en las cartas de Aranha. La única censura la dirige, precisamente, a sus compatriotas. *«Siento que el redactor de La Gazeta fuese tan injusto con el gobernador Menacho, de triste memoria, y que no le pagara al menos con un mísero elogio, al que tienen derecho adquirido los héroes que como él se hicieron beneméritos de la patria. Se muestra incluso tan mal informado que dice murió de un tiro de fusil, cuando en verdad lo mató una bala de cañón al regresar de una salida.»* (18/03)

Castaños, el artífice de Bailén - única victoria de los españoles sobre los franceses - personifica en el epistolario de Aranha una segunda esperanza. Dice que es el único que podrá enmendar los errores de Mendizábal y le compara, nada menos, que con el Cid Campeador. *«Ayer entró aquí un comisario británico con algunas cargas de dinero. Dicen que para pagar a la tropa que se espera. También, de un día para otro, al general Castaños. Si así fuera, entonces se decide de un golpe la contienda, y veremos levantado el cerco de Badajoz.»* (18/02). Castaños se lo tomó con calma. Tardó un mes y medio en llegar de Cádiz a Badajoz, vía Lisboa. Esa demora provoca la crítica velada de nuestro cronista: *«Aunque debería haber venido volando, para evitar el mal que ahora le será más difícil remediar, puede ser que con su habilidad, conocimientos y actividad, sepa sacar partido de la coyuntura.»* (18/03). Cuando llega el Cid Campeador a Elvas lo visita y dice de él: *«Me parece un gran militar y un gran político.»* (3/04). ¿Qué historiador español no compartiría hoy este juicio...?

En conclusión: creemos que la objetividad y ecuanimidad de los juicios de Aranha sobre los españoles y su ejército resiste la prueba de la crítica, a pesar de su condición de portugués rayano y su comprensible irredentismo.

El epistolario elvense es de una gran riqueza temática. Desechando asuntos menores, podríamos destacar en él cuatro grandes temas: la influencia de la meteorología en el desarrollo de la campaña, las relaciones luso-españolas, los juicios sobre la actuación

de los diversos ejércitos y sus jefes y la denuncia de los errores que cometen los aliados. Cuando preparaba la edición de las sesenta y dos cartas de Aranha sentí la necesidad de marcar pausas entre ellas para facilitar su lectura y también la comprensión de los acontecimientos. No me resultó difícil. El epistolario elvense, que oscila continuamente entre la esperanza y la desilusión, se deja dividir perfectamente en tres partes.

La Iª parte abarca del 9 de enero al 13 de marzo. Los franceses invaden Extremadura, cae Olivenza, ponen sitio a Badajoz, derrotan a Mendizábal en el Gévora, matan a Menacho y consiguen, contra pronóstico, rendir la plaza. Es el fracaso español.

La IIª parte abarca del 16 de marzo al 22 de mayo. Llegan a Elvas los refuerzos de Beresford, que logra reconquistar Campo Maior y Olivenza, limpia de franceses la baja Extremadura y pone sitio a Badajoz. Pero Soult acude a socorrerla. Beresford se ve obligado a levantar el sitio para hacerle frente junto a los españoles. A pesar de la mucha sangre derramada en La Albuera, no se consiguió la victoria: aplastar a Soult y liberar Badajoz. Es el fracaso aliado.

La IIIª parte abarca del 24 de mayo al 19 de junio. Wellington insiste en rendir Badajoz atacando por el mismo punto equivocado que su lugarteniente: el fuerte de San Cristóbal. Ante la pinza que le preparan las tropas de Marmont por el norte, y Soult por el sur, decide levantar el sitio de Badajoz y replegarse a la derecha del Guadiana y el Caia, sin que llegue a producirse una segunda edición de La Albuera. Es el fracaso británico.

Tres etapas perfectamente definidas, tres escalones descendentes que se corresponden con los tres sitios de Badajoz, fiel de la balanza en la guerra, tras la expulsión de Masséna de Portugal. Cada etapa, cada escalón, marca el fracaso sucesivo e inexorable de las tres alternativas posibles contra los franceses. Primero fracasan los españoles de Mendizábal, derrotados en el Gévora; después fracasan españoles, ingleses y portugueses, que no logran vencer en La Albuera; por último fracasan los ingleses, que se niegan a librar un nuevo combate en la margen del Caya.

Gévora, la batalla perdida; Albuera, la batalla no ganada; y Caya, la batalla no librada. Cada uno de estos fracasos representa una esperanza marchita, una esperanza con nombre y apellidos en las cartas de Aranha. Mendizábal, Menacho e Imaz personalizan el fracaso español; Beresford, Castaños y Blake, personalizan el fracaso aliado; y el duque de Wellington (hasta entonces imbatible, vencedor de Junot en Roliça y Vimeiro, vencedor de Masséna en Buçaco y Fuentes de Oñoro..) Arthur Wellesley, la última esperanza, personaliza el más doloroso e imprevisto de los fracasos: el fracaso británico.

Cada fracaso fue como una estación en el particular camino del calvario que recorrieron los vecinos de Badajoz en el primer semestre de 1811. No sabían que, después de seis duros meses de sufrimiento, prolongados por otros ocho meses de ocupación francesa, aún les faltaba apurar el cáliz de la amargura, el cáliz de la liberación inglesa en la infausta noche del 6 de abril de 1812.

NOTAS

- 1 *Badajoz y Elvas en 1811. Crónicas de guerra. Cartas de Francisco Xavier do Rego Aranha a D^a M^a Luisa de Valleré* / ed. de Luis Alfonso Limpo Píriz. Badajoz: Excm^o Ayuntamiento, Servicio de Publicaciones, 2011. Las citas textuales remiten todas a la fecha de cada carta.

